



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV
9 de mayo de 1891
Núm. 184



RETRATO
 Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

SE murió el mariscal Moltke y la cháchara periodística se ha despachado á su gusto endilgándole grandes ditirambos al ilustre vencedor de Sedán, etc.

¿Queréis que os diga la impresión que me producía á mí Moltke cuando vivía aún? Pues se me antojaba como una especie de *Huchilobos* teutón (ya sabéis, aquel dios horrendo, el Marte azteca, de quien habla Solís en su bien escrita historia de la conquista de Méjico, aunque vale más leerla en Bernal Díaz del Castillo ó en las *Cartas* del propio D. Fernando Cortés).

¡Cuánta sangre derramada por el talento del gran feldmariscal! Aun en estos últimos años, ya nonagenario, acudía al Parlamento para pedir siempre soldados, más soldados, infinitos soldados; dinero, más dinero, mucho dinero. ¡Sangre y oro!

Para quien aborrece la guerra, para quien abomina de ella con el horror que abomino yo (y alguien más), Moltke tenía que aparecer tan odioso como odioso aparece á mis ojos (y á los de otros) el intausto Napoleón I.

Ha calculado recientemente M. Carlos Richet, profesor de la facultad de Medicina de París, y al par de eso profundo y nobilísimo pensador, el número de franceses sacrificados por el *orgullo insensato* de Napoleón, y ha encontrado que pueden evaluarse en 3 millones, mientras que en tiempo de Napoleón III llegaron á 1.500.000.

Moltke era un maestro sin par en el arte de despoblar las naciones. Bajo su dirección la Alemania ha alcanzado el primer puesto como estado militar, esto es, como nación calamitosa, porque no hay mayor calamidad que el militarismo, origen de la llamada *cuestión social*. Y ¿cómo no, si para sostener aquellos formidables ejércitos hay que estrujar á los productores, hay que sacar dinero de lo más hondo, y el patrono tiene que dárselo todo al Gobierno para que compre cañones y barcos? De ahí que la *cuestión social* se presente con caracteres agudos en los países militaristas, como Alemania, Francia y España, y revista formas mucho menos acentuadas en Inglaterra, Suiza, Holanda, los Estados Unidos, el Canadá y la Australia, países, afortunadamente, libres de genios como el insigne Moltke.

Herbert Spencer, de quien habréis oído hablar quizás (no es ningún socialista ni cosa parecida, aunque sí *sociólogo*), relega á las edades bárbaras el período militar, dando por característica á los estados modernos la fase *industrial*. Ciertamente que vale más un Edison que no un Moltke, y un Franklin que no un Montecuculli. Sea como fuere, á mí no me entusiasman nada esos *genios* de la destrucción, ni habrá quien me convenza de que las guerras no sean una ferocidad. Yo comprendo la guerra civilizadora, admiro



Junto al mar

á un Gordon (guerrero entreverado de apóstol y de santo) pugnando por introducir la civilización y la justicia en el seno del bárbaro Sudán; pero no comprendo que se tributen homenajes á un hombre que se ha distinguido solamente por su talento en reventar á Francia, y lo mismo diría del general francés que hubiese conseguido reventar á Alemania. En fin, que no me entusiasman á mí los guerreros. Descanse en paz el ilustre feldmariscal, y Dios le haya perdonado todo el mal que hizo, con la mejor intención sin duda.

El mundo es, sin embargo, tan fundamentalmente estúpido que se postra de hinojos ante esos Martes conquistadores, que cuestan más lágrimas que átomos de hierro contiene su fría espada.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO.



LA FLAUTA ENCANTADA

(CUENTO FRANCÉS)

ERASE que se era un rey tan rico como poderoso y padre de una hija cuya extraordinaria hermosura deslumbraba á cuantos tenían la dicha de contemplarla en las grandes solemnidades de la corte, únicos días que le era dable á la princesa mostrarse á los cortesanos del rey su padre.

Cumplido que hubo sus diez y seis abriles, hubo de pensar el buen rey en dar esposo á su hija; pero ¿dónde buscarle? La familia real carecía de príncipes, y, por otra parte, las leyes del país prohibían al heredero del trono desposarse con quien no hubiese visto la primera luz bajo el hermoso cielo de aquella incomparable tierra. ¿A quién buscar entonces? ¿A cuál de sus vasallos elevar á la categoría de príncipe consorte y aspirante á rey? Largos días de devanarse los sesos le costó al soberano buscar una solución feliz á tan complicado problema, hallándola al fin, con gran contentamiento suyo y alegría de los mozos de la capital.

Un rescripto real hizo saber á éstos que cuantos aspirasen á la mano de la princesa se reuniesen dentro de tres días en la explanada contigua al palacio real. A las cuatro en punto la princesa aparecería en el balcón central y arrojaría al aire una manzana de oro: el que por tres veces tuviese el acierto de alcanzarla, sólo tendría que resolver tres sencillos problemas y ser en seguida proclamado príncipe para contraer enlace con la princesa.

En el día y la hora indicados estaba la explanada atestada de gente joven, hallándose confundidos entre la multitud desde los hijos de los primeros dignatarios de la corte hasta el último pordiosero que mendigaba en el lugar.

A las cuatro la princesa apareció al balcón y, rodeada de su padre y de varios cortesanos, arrojó al aire la codiciada manzana, cuya caída produjo un alboroto y una confusión horribles entre los allí reunidos. La prueba tuvo que repetirse varias veces á causa de las protestas y gritos de los aspirantes á príncipe, quedando al fin dueño de la manzana (sin pretexto, por supuesto) un joven pastor apenas conocido en la ciudad.

Llamado á presencia del rey, expúsole éste el primer problema que venía obligado á resolver, y cuya dificultad no se ocultó al agraciado.

El rey había mandado encerrar en un establo cien liebres. El que aspirase á ser esposo de su hija debía de apacentarlas durante el día en un campo de las afueras y entregarlas por la noche al soberano.

Esta era la primera cuestión, la primera prueba á que el pastor se debía sujetar. El joven pidió un día para decidirse, y, otorgado que le fué el plazo, intranquilo y preocupado, dejó la real morada, dirigiéndose á un bosque, donde tenía su pobre é ignorada choza. Próximo á ella, y cuando el pobre muchacho desconfiaba del resultado de la primera prueba, una viejecita le salió al paso, preguntándole con gran dulzura:

—¿Qué tienes, Pablo?



Consolar al triste
Ayuntamiento de Madrid

El pastor se fijó en la desconocida, y, encantado por el timbre argentino de su voz y por su dulce y consolador mirar, lleno de confianza, le refirió cuanto le estaba pasando.

—¿Y es por esto por que te inquietas?—preguntó la anciana.

—¿Es que acaso me falta motivo para ello?—repuso el pastor.

—Sí te falta, ya que no es propio de los hombres desmayar á la primera contrariedad. Toma: ahí tienes una flauta de marfil. Cuantas veces te encuentres en una situación desesperada, tócala un poco y tú vencerás.

Agradeció el pastor tan inesperado ofrecimiento, y, cuando se disponía á manifestárselo así á su desconocida, ésta había ya desaparecido.

La mañana siguiente Pablo se presentó á palacio.

—Acepto la proposición, señor,—dijo al soberano.—Podéis desde ahora poner en libertad á vuestras liebres: esta noche os devolveré las cien.

El rey dió la orden oportuna; pero, como no podía dejar de ser, cuando la última salió de su encierro, de las primeras ni se sabía el rastro.

Llegado á la pradera, Pablo reconoció el terreno, bien que inútilmente: de las liebres confiadas á su custodia no vió ni una. Triste y descorazonado, sentóse á la sombra de un corpulento árbol, ansioso de descansar de su fatigoso ojeo. De pronto se acordó de la promesa de la anciana, y, echando mano á la flauta, se puso á tocar con toda la fuerza de sus pulmones. Apenas hubo tocado unos segundos, cuando, como atraídas por poderoso imán, todas las liebres empezaron á aparecer, rodeando como animales domesticados al sorprendido pastor.

La noticia del inesperado suceso llenó de consternación al rey.

—Si él consigue devolverme las cien liebres,—se dijo,—fácil le será resolver los dos problemas restantes. ¿Un pastor por yerno? ¡Jamás!

Consultó con su hija, y ambos de común acuerdo convinieron en burlar al confiado pastor.

La princesa se disfrazó con uno de los trajes de sus más humildes doncellas, y, montada en un borriquito, se dirigió al prado donde Pablo estaba apacentando las famosas liebres.

Al verla aparecer Pablo la reconoció al momento, y, sospechando una celada, se puso á la defensiva.

La princesa se apeó de su cabalgadura, y, dirigiéndose al pastor, le dijo:

—Buen hombre: ¿cuánto oro queréis para venderme una de estas liebres?

—¿Oro? No tengo yo tanta ambición. Con que me quitéis las alpargatas y me las volváis á poner, ni pido ni quiero más.

—¿Yo descalzaros á vos?—exclamó con terrible orgullo la princesa.

(Se concluirá)

BENJAMÍN



Ayuntamiento de Madrid

EN LA MUERTE DEL NIÑO

Pepito Torres y Caballero

En una noche clara y apacible,
 sus alas desplegó,
 elevando su alma en dulce vuelo
 hasta el reino de Dios.
 Era un ángel. Su clara inteligencia,
 perspicaz y precoz,
 digna era de gozar en la presencia
 del Supremo Hacedor.
 Llórale su familia, desolada,
 con inmenso dolor,
 y cuantos le trataron sienten pena
 por aquel ser de Dios.
 Su madre pide, en tan cruel desgracia,
 con lágrimas de amor,
 una prueba leal que justifique
 por qué su hijo murió;
 qué hizo aquel querube en esta tierra,
 que algún daño causó
 en el escaso tiempo que de ella
 los ámbitos cruzó.
 Nadie entiende sus ruegos de demanda,
 nadie escucha su voz.
 Al dolor de una madre por un hijo
 ¿quién poner fin logró?
 ¡Jamás entre los hombres hubo uno
 que callase el clamor
 de la que gime por el ser querido
 al que la vida dió!
 Mas no pensad que ha muerto, sino sólo
 que á la gloria subió,
 y que allí reinará constantemente
 gozo en su corazón,
 que aquella es la morada sacrosanta
 donde reune Dios
 á sus más inocentes predilectos
 en pura y santa unión;



Arturito

y, congregado á celestiales coros,
 elevará su voz
 con sentimiento cariñoso y dulce
 para rogar por vos.
 Reanimaos al ver que ha merecido
 la gloria del Señor.
 ¡Un ángel en la tierra nunca habita!
 ¡Por esto él se marchó!

Soledad Martín y Ortiz de la Tabla

LA FELICIDAD

DE la historieta, que todo el mundo conoce, titulada *La camisa del hombre feliz*, se desprende que el único hombre feliz que se encontró en la tierra no tuvo jamás camisa.

Es una fábula inventada, no hay duda, para consuelo de los pobres, y, aun-



Ayuntamiento de Madrid
CUIDANDO AL HERMANITO



que muy bella, tengo para mí que no ha convencido á ningún descamisado.

No sabemos si la felicidad está en razón directa de la posición social.

Ello es que muchas veces el potentado, en la fatiga de sus desvelos y cavilaciones, envidia al pobre jornalero, que parece libre de afanes, cuando con gustoso apetito saborea su humilde bazofia teniendo por mesa el santo suelo y por diván los adoquines.

Y á su vez el jornalero envidia al rico señor; y así unos á otros nos envidiamos, creyendo feliz al prójimo.

Y así nuestra vida se desliza anhelando siempre, ambicionando siempre, corriendo tras ese fantasma halagador que se llama *felicidad*, no de otro modo que como el niño corre ansioso á coger el arco iris, que juzga al alcance de su mano, y que ve alejarse á medida que hacia él avanza.

La felicidad, no lo dudéis, es algo así como un efecto de espejismo.

Cuando la contemplamos á distancia nos parece una cosa real: cuando nos acercamos se desvanece: era sólo una ilusión.

Unas veces miramos hacia adelante, creyendo vislumbrarla allá en los horizontes de un porvenir risueño.

Otras veces volvemos la vista atrás, porque allá quedó envuelta en los recuerdos de lo pasado.

La vemos, pues, en pretérito ó en futuro, nunca en presente.

Esto es desconsolador, pero es verdad.

Hé aquí otra verdad más amarga: ni en pasado, ni en presente, ni en futuro. La felicidad, si existe, es un soplo rapidísimo, que un solo instante nos halaga, para dejar después un recuerdo, á veces confuso y á veces mortificante.

—¡Quién fuera hombre!—dice el niño.—¡Quién fuera niño!—dice el hombre.—¡Quién fuera joven!—dice el anciano.

De estas exclamaciones se desprende que ni el viejo, ni el joven, ni el niño son felices.

Y hé aquí lo que me propongo demostrar, pues ya era tiempo de que saliera el argumento de este artículo.

Es idea muy general, casi tenida por indiscutible, que en los primeros años de la vida es feliz la criatura.

Y yo digo, con la autoridad de una buena memoria, que los niños no son felices.

De las múltiples impresiones de aquellos primeros años de la existencia conserva el hombre tan vago recuerdo, que ya en edad madura no puede analizar los sentimientos y las ideas nacientes que agitaron su espíritu.

Y al contemplar, con más ó menos benevolencia, los juegos de la niñez, exclama:

—¡Edad dichosa, libre de zozobras y de cuidados!

Error, error, error.

Yo recuerdo, por fortuna ó por desgracia, con bastante claridad las im-



La pastora de los Alpes

presiones de mis primeros años; y como ya no soy niño, y aun voy dejando de ser joven, quiero refrescar la memoria de los viejos y apelo al testimonio de los muchachos.

¿En qué edad queréis que estudiemos al niño? No será en la primera infancia, en la que no existe goce alguno moral y hay en cambio toda clase de dolores físicos, que comienzan en el empacho y la dentición y el sarampión

Ayuntamiento de Madrid

y la vacuna, y no acaban sino para ser sustituidas poco después por los azotes y castigos y contrariedades de que hablaremos en seguida.

Ya tiene el niño cuatro, seis años. ¿Es esa la edad dichosa?

¡Ah! Veis al niño en sus juegos, pero no comprendéis cuánto sufre todos los días en sus contrariedades, que representan para él, más que disgustos, horribles penas.

¿No dais importancia á su llanto? Pues su llanto revela un dolor. Y donde hay dolor no hay felicidad.

Ya el niño va á la escuela; ya tiene que pensar (¡tiene que pensar! no extrañéis la frase) en la lección, en el estudio, en el cartel, en la plana.

Y se estremece ante el semblante adusto del maestro, y teme al castigo, y le horrorizan las eternas horas pasadas en corro delante de una mesa ó sentado en un banco.

¿Os reís? Pues todo eso representa un verdadero martirio, porque el martirio de la vida comienza en la cuna y acaba en el sepulcro.

Y repetiré el argumento: donde hay martirio no hay felicidad.

Pero ya el niño pierde el miedo á la escuela: ya tiene diez años, doce, y ya...

Ya va siendo mucho más desgraciado.

Ya para sus travesuras hay menos benevolencia.

Lo exige su organismo, y necesita gastar de algún modo su actividad nerviosa. Y á todo el mundo molesta, y él se siente molestado.

Tiene que andar con cien ojos para no ser descubierto. Y todos sus juegos y aparentes felicidades no compensan los terrores que angustian su espíritu cuando al llegar á su casa espera la filípica paterna ó algo más contundente.

No lo dudéis: el muchacho vive en continuo terror. Y, siendo así, ¿dónde queda la felicidad?

No hablemos de los catorce años, de la edad más desgraciada, en la que no se puede jugar con los niños ni alternar con los hombres.

La prueba más clara de que los niños no son felices es su vehemente anhelo de tener veinte años. ¿Por qué? Porque suponen que ya podrán romper los obstáculos que encuentran en su camino; porque el niño tiene voluntad y no es dueño de su voluntad. ¿No hay otro remedio? Ya lo sé; pero siempre llegamos á la misma conclusión: que no son felices.

¿Olvidan sus penas fácilmente? Concedido; pero con la misma facilidad vuelven á caer en ellas.

Pasan los años: llega la juventud, la edad madura, ¡la lucha horrible de la existencia! No hay edad verdaderamente dichosa.

Acepto la felicidad relativa, la felicidad momentánea; pero ésta no es patrimonio exclusivo de la niñez: existe en todas edades.

Creo en la felicidad del primer pantalón largo y de la primera capa. Esta felicidad dura un día. Ayuntamiento de Madrid



La hilandera

Creo en la felicidad del primer vestido largo que estrena la niña al convertirse en mujer, felicidad que dura una tarde.

Creo en la felicidad del recluta que asciende á cabo, y que puede durar hasta que se indisponga con el sargento.

Creo en la felicidad del soldado que toma su licencia absoluta. Duración: hasta el día siguiente de la llegada al pueblo de su naturaleza.

Creo en la felicidad del agraciado con el premio gordo de la lotería, felicidad que dura hasta que comienzan los desvelos. (Estos desvelos pueden darse por bien empleados.)

Creía... ¿por qué no decirlo?... creía como felicidad suprema en la felicidad

del amor; pero ¡ay! tampoco es duradera. También se trunca cuando el tálamo nupcial se convierte en lecho mortuario.

No quiero entristecerte, lector, y concluyo.

Y, para no merecer tus censuras por mis negaciones, terminaré con una afirmación.

Yo sé dónde está la felicidad; pero no, no he de decírtelo.

Mira al cielo y adivínalo tú.

V. MORENO DE LA TEJERA

NUESTROS GRABADOS

RETRATO

Inspirado evidentemente en Velázquez, y no está mal la inspiración.

JUNTO AL MAR

Complácense esos niños en dar por término de su paseo la costa, contra la cual vienen á estrellarse las olas del Océano, y no les repruebo el gusto, pues revelan con semejante preferencia que comprenden toda la gran belleza que ofrecen siempre aquellos sitios.

CONSOLAR AL TRISTE

Tierna escena la que ofrece ese grabado. La pobre joven trata de confortar el decaído ánimo de su desgraciado padre, enfermo, colmándole de caricias é infundiéndole las más lisonjeras esperanzas; pero harto sabe el pobre paciente que su salud va decayendo rápidamente y que pronto habrá de quedar huérfana aquel pedazo de sus entrañas á la que tanto ama.

ARTURITO

Era Arturito un niño que tenía todas las virtudes imaginables: formalito, estudioso, veraz, modesto, discreto y aseado. Conque ya veis que no puede decirse más de Arturo.

CUIDANDO AL HERMANITO

La arrapieza cumple á pedir de boca con los deberes de ama de casa interina, impuestos por la ausencia de su madre. No solamente cuida del niño, sino que le hace reir. La niña es toda una mujercita.

PRIMAVERA

Digna sería esa rapaza de simbolizar la primavera si el sitio no estuviese ocupado ya por tantas compañeras suyas mucho más crecidas; pero, en fin, eso no le hace: es toda una primavera la chiquilla.

LA PASTORA DE LOS ALPES

Es hora de recoger el rebaño; pero es tanta la dispersión de las cabezas que no sería bastante la voz de la pastora para alcanzar hasta los últimos parajes por donde triscan y saltan los ganados, y así ha de valerse de una trompeta, cuyos sonos conocen perfectamente las traviesas cabras.

LA HILANDERA

Bonito tipo de niña hacendosa y agraciada. Canta que te canta todo el día, hace dar vueltas á la rueda de su torno, ayudando así á su pobre madre, enferma, de quien es amparo y dulcísimo consuelo. A Dios gracias, no faltan centenares y millares de niñas que hacían (y hacen) lo mismo que esa excelente jovencita.

CUENTOS ESLAVOS

(Conclusión)

A la mañana siguiente la Baba-Yaga salió en su mortero, y Vasilisa y su muñeca hicieron inmediatamente lo que se había mandado. La bruja volvió, examinólo todo como la otra vez, y luego gritó:

—Mis fieles servidores, llevaos esas simientes y extraed el aceite.—Seis monos aparecieron, y, después de recoger las simientes, perdiéronse de vista. La Baba-Yaga se sentó á comer; pero Vasilisa permaneció á su lado silenciosa.

—¿Por qué no me hablas?—dijo la Baba-Yaga.—Cualquiera creería que eres muda.

—No me atrevo,—contestó Vasilisa;—pero, si me lo permitís, quisiera preguntar alguna cosa.

—Pregunta todo lo que quieras; pero sábet que no todas las preguntas conducen al bien.

—Sólo quería preguntar sobre una cosa que he visto, y es que al venir aquí pasó á mi lado un jinete todo blanco, con su caballo del mismo color. ¿Quién es?

—Es mi Día brillante,—contestó la Baba-Yaga.

—Después,—añadió la joven,—pasó otro jinete todo rojo. ¿Quién era?

—Mi Sol.

—Y ¿quién podía ser el jinete negro que llegó hasta vuestra puerta?

—Era mi Noche oscura, y todos son mis servidores.

Vasilisa pensó entonces en los seis monos que se aparecían, pero nada dijo.

—¿Por qué no preguntas más?—repuso la Baba-Yaga.

—Ya sé lo suficiente, y además me habéis indicado que puede no ser conveniente preguntar mucho.

—Bueno es,—dijo la Baba-Yaga,—que sólo hayas preguntado sobre lo que has visto fuera de mi casa, pues no quiero que nadie se ocupe en las interioridades; y, en cuanto á los curiosos, tengo por costumbre devorarlos. Pero voy á preguntarte yo á mi vez alguna cosa: ¿cómo te arreglas para hacer el trabajo que yo te ordeno?

—La bendición de mi madre me ayuda,—contestó Vasilisa.

—¿Cómo! ¿Qué quiere decir eso?—gritó la Baba-Yaga.—¡Ea! ¡Fuera de mi casa, hija bendecida! No quiero aquí nada bendito.

Y, así diciendo, empujó á Vasilisa hasta fuera de la puerta, cogió uno de los cráneos de brillantes ojos, clavólo en un palo y se lo dió á la joven, diciéndole:

—Coge esto: es una luz que puedes dar á tus hermanastras, pues creo que es lo que necesitan.

Vasilisa corrió hacia casa, alumbrada por el cráneo, que no se apagó hasta el amanecer, y al fin llegó en la tarde del segundo día. Cuando estuvo en la puerta pensó en tirar el cráneo.

—Seguramente,—se dijo,—ya no necesitarán la luz.

Pero en el mismo instante una voz bronca, que parecía salir del cráneo, murmuró estas palabras:

—¡No me arrojes: llévame á tu madrastra!

Vasilisa miró la casa, y, como no viese luz en una sola ventana, resolvió entrar con el cráneo. Por primera vez en su vida recibióla cordialmente, y su madrastra le dijo que desde el momento en que salió para ir á casa la Baba-Yaga no habían podido obtener fuego de ninguna manera, pues apenas lo encendían se les apagaba.

—Tal vez tu luz nos servirá,—dijo la madrastra.

Y fué á coger el cráneo; mas los ojos de éste comenzaron á despedir llamas, y, aunque la madre y las hijas corrieron á ocultarse, los ojos las perseguían, y aquella misma noche murieron abrasadas.

Á la mañana siguiente Vasilisa enterró el cráneo, cerró la casa y trasladóse á un pueblo inmediato, donde, pasado algún tiempo, comenzó á trabajar. Su muñeca le deparó una suerte feliz. Á fines de invierno Vasilisa había hilado cierta cantidad de lino tan finamente que se podía pasar, como una hebra de seda, por el ojo de una aguja. En la primavera siguiente habíase blanqueado, y Vasilisa se lo regaló á la anciana con quien vivía. La buena mujer quiso presentárselo al rey, quien mandó hacer con él camisas; pero, como no se encontrase ninguna costurera que se atreviera á encargarse de ello, confióse el trabajo á Vasilisa. Cuando tuvo concluída su obra, la joven se la envió al rey, y mientras el mensajero iba á palacio se lavó y peinó, arreglóse un poco y fué á sentarse junto á la ventana. Al poco tiempo vió llegar al mensajero, con orden de que Vasilisa se presentara en palacio, y, apenas la vió el monarca, enamoróse de ella perdidamente, tanto que se casó con ella. No tardó en volver el padre de la joven, que fué á vivir con su hija, la cual tomó á su servicio á la anciana en cuya casa había vivido. En cuanto á la muñeca, inútil parece decir que Vasilisa la conservó siempre consigo hasta el último día de su existencia.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona. — Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50. — BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid